

ÓSCAR TUSQUETS BLANCA. Más que discutible. Observaciones dispersas sobre el arte como disciplina útil. Barcelona, Tusquets Editores, 1994. 201 pp. y 89 ils.

Haciendo un ejercicio casi perverso de desmonte y nuevo montaje del texto de Óscar Tusquets, y situándonos al mismo tiempo en las antípodas de sus intenciones, podíamos recorrer la Historia del Arte iniciándola con los templos de Karnak, Edfú y Dendera en el Egipto Antiguo, continuando con la cultura griega desde Knossos al estilo geométrico, discurrir después por el clasicismo temprano de las ruinas de Olimpia y el Auriga de Delfos, el pleno del Pintor de Aquiles o el más popular de Fidias en el Partenón de la Acrópolis de Atenas, recalar más tarde en el helenismo de la *Stoa* de Atalo en el ágora de esa misma ciudad, y concluir el arte antiguo con las ruinas de Pompeya y Herculano, Marco Aurelio en el *Campidoglio* y el monumental punto y seguido del Panteón de Roma. El arte medieval parece estar lejos del interés este libro, pues a su autor las aportaciones de la Edad Media le «continúan pareciendo poquísimas», aunque no faltan alusiones a Chartres y sobre todo a la Alhambra. Pero en cuanto el hilo histórico retorna a la cultura de tradición clásica mediterránea el panorama se comienza a enriquecer con el renacimiento temprano de Masaccio, Donatello, Verrocchio y Perugino, la versión flamenca iniciada por Van Eyck, el momento álgido que representa Miguel Ángel o el manierismo de Bronzino, sin olvidar la pintura veneciana de Tiziano o Veronés. En el barroco desembocamos de golpe con la Roma triunfante de Bernini y Borromini, el clasicismo francés de los jardines de Vaux-le-Vicomte o Versalles y la calidad de la pintura holandesa de Vermeer, para cerrar con el rococó diciosesco de una escalera de Neumann en Wurzburg. Mientras, en España, pasamos sin esfuerzo del realismo de Gregorio Fernández a la «facilidad» de Velázquez. El proceso sigue una aceleración creciente en el siglo XIX, desde el neoclasicismo de Canova o Schinkel a los precursores del arte contemporáneo que significan Goya e Ingres, para a través de figuras tan renombradas como Rodin o menos conocidas como Fontseré, concluir en la secesión vienesa de Wagner, Olbrich y Hoffmann, y de ahí, lógicamente, al inevitable modernismo catalán de Gaudí, Jujol, Casas, Nonell y Llimona. El siglo XX es el período que cobra mayor protagonismo, iniciándose con corrientes tradicionales como el monumentalismo norteamericano de las estaciones Grand Central y Pennsylvania en Nueva York, o artistas ambivalente del estilo de Sorolla o J. Boucher, enlazar después con las vanguardias artísticas de Picasso, Kandinsky, Mondrian, Arp, Max Ernst, Man Ray o su amigo Dalí, continuar con la escultura de Moore y la pintura no figurativa en uno de sus mejores representantes, Tàpies, para luego volver a la figuración de la mano de Bacon, sin olvidar movimientos contradictorios como el realismo socialista. Referencias al cine tampoco faltan: el ingenio de Chaplin y Groucho Marx compite con la belleza de Monroe y Kristel o con la insuperable *Casablanca*. Pero serán la arquitectura y el diseño las áreas que adquieren mayor relevancia. Por lo que se refiere a la primera, y a nivel mundial, desfilan por las páginas en atención creciente desde el precursor Loos a los grandes maestros: Wright, Gropius y Mies, o los continuadores y críticos desde Saarinen a Stirling, Reichlin, Pei, Siza, Venezia, Gehry, Tschumi o Perrault, pero también a nivel español comenzando por el Carmen Rodríguez Acosta para continuar con el admirado Coderch seguido de Sáenz de Oíza, García de Paredes, Cano Lasso, Corrales, Molezún, Pérez Piñero, Moneo, Calatrava o los compañeros de viajes Bohigas y Correa. El mismo criterio se sigue desde el punto de vista del diseño con Breuer, Mollino, Sapper, Bertoina, Noguchi, Miyake, Armani o Stark por un lado y Fortuny Madrazo, Blahnik, Mariscal, el *Pegaso BT2* y el *Seat Ibiza* por otro, haciendo interesantes excursiones valorativas al diseño que podíamos llamar anónimo o popular, o como dice el propio autor, «diseño sin diseñadores», para concluir mostrándonos su toma de partido en un debate de hoy mismo: Antonio López.

Por supuesto que lo hasta aquí resumido es lo que en ningún caso pretendía Óscar Tusquets, pero hemos creído conveniente hacer esta transgresión para aclarar un aspecto importante de su libro desde los intereses específicos de esta revista: hacer ver como sus comentarios, sus juicios, su valoraciones

o sus críticas se extienden a casi toda la Historia del Arte, pero desde una perspectiva diferente a la que empleamos los historiadores de esta disciplina. Óscar Tusquets suele arrancar de una vivencia personal y casi íntima para reflexionar en primera persona sobre un fenómeno general y destacado del arte de fin de siglo, utilizando como instrumentos fundamentales su larga experiencia artística en diversos campos y una extraordinaria capacidad de observación en sus contactos directos con obra de arte del pasado o con las creaciones y artistas del presente. Establece así, con toda naturalidad, un punto de referencia, un tema central, en el que poco a poco va profundizando con sus observaciones sobre el arte como disciplina útil, dispersas desde el punto de vista histórico, pero extraordinariamente concentradas por su estrecha relación con el asunto que analiza.

En una nota sobre las ilustraciones, el autor aclara que éstas aluden a obras de arte que ama, porque «éste es un libro de seducciones, no de denuncias». A pesar de esta afirmación, que es válida en la concepción global del texto y que se sigue con bastante rigor en las ilustraciones, las denuncias no faltan. Hay capítulos que evidentemente están escritos desde la seducción (*Elogio acalorado de las sombras*), con la seducción (*Vestimenta, escultura, función y forma*), o para la seducción (*Pavos reales y zapatos de tacón alto*). Hay uno de homenaje a los artistas natos (*Apología de la facilidad*), los tocados por el dedo de Dios, aquéllos que sin esfuerzo alcanzan lo que para muchos es fruto de un laborioso proceso y para la mayoría simplemente inasequible. Otros capítulos están escritos desde la admiración, como la que demuestra por la obra de Antonio López (*Más viejas son las pirámides*), en el contexto de unas preferencias inequívocas por el arte figurativo (*Sin figuración, poca diversión*), llevándole en algunas ocasiones, como las referidas al arte musulmán o a la pintura de Tàpies, a una posición «más que discutible», que el autor asume en el título del ensayo y reconoce como conclusión en las últimas palabras del libro.

Por lo general, seducciones y denuncias se solapan. Entre las últimas destacan sus precisos análisis críticos en contra de un diseño basado en la imagen fotográfica (*Bello o fotogénico*), en la dictadura del marketing (*Marketing de lo conocido*), en un ecologismo o naturalismo mal entendido (*Automóviles y ecología*) o en el uso inadecuado de los avances tecnológicos (*Reloj digital y la pasta pegada*), que frecuentemente se comparte con la poca valoración del trabajo artesanal, a la vez humano, creativo y cultural (*Tiempo ¿libre?, diseño ¿industrial?*). También es notoria su aversión por el integrismo racionalista y al montaje y la doble moral de algunos de sus mayores representantes elevados a los altares por la historiografía contemporánea (*Artistas, arribistas y cónyuges*), para concluir con un mordaz sátira de ciertos alardes *high tech* absolutamente irracionales (*El engorroso efecto invernadero*). Su interés, como consecuencia, por las soluciones sencillas, lógicas, humanas, naturales, aquéllas que han estado siempre al alcance de la mano cuando nos hemos empeñado en cogerlo todo con el brazo robotizado de la tecnología o el mando a distancia del progreso.

El libro está escrito con un fino toque de humor, apreciable sobre todo en algunos capítulos concebidos desde una visión irónica de la «lógica» que a veces rodea la vida cotidiana, como el titulado *Miedo a volar*, una deliciosa y divertida denuncia del «diseño» del transporte aéreo, aunque la intención, como siempre, sea la de una crítica constructiva, es decir, demoledora para intentar construir mejor. Son en ocasiones párrafos referidos al ajetreo diario del que simplemente vive bajo el sol, pero escritos con extraordinaria soltura desde la experiencia profesional, la escrupulosa observación del entorno y la necesaria búsqueda de nuevas soluciones. Ese toque de humor es una agradable sombra frente al tórrido calor que desprenden algunos textos que se publican como ensayos, y que, sin razón que lo justifique, se caracterizan por su escasa frescura, que les hacen poco soportables o simplemente conducen a la soñolencia.

Para concluir queremos subrayar como son precisamente sus seducciones y sus denuncias frente al arte y su historia las que nos muestran a un Óscar Tusquets extraordinariamente transparente. Si del

RESEÑAS

análisis de sus obras ya se deducía con bastante claridad cual era su posicionamiento en el debate artístico contemporáneo, en las páginas de este libro con su visión del arte del pasado y su crítica del presente, sus planteamientos quedan, aún más si cabe, cristalinamente manifiestos. Todo lo cual nos muestra a Óscar Tusquets con una personalidad artística muy representativa de la vertiente más dotada, mejor preparada, profundamente humana y fructíferamente creativa de este fin de milenio al que inexorablemente nos encaminamos.

EMILIO ÁNGEL VILLANUEVA MUÑOZ.
Departamento de Historia del Arte.
Universidad de Granada.